

OF LANGUAGE AND WRITING, por *J. G. Weightman*, *Sylvan Press*  
Londres

La eclosión del cosmopolitismo en Gran Bretaña—no ya bajo la forma del trotamundos inescrutable, sino obedeciendo a un genuino interés por ser comprendidos y por comprender a los extranjeros—se ha manifestado últimamente en un florecimiento de los aspectos prácticos de la lingüística. Es así que el público solicita con creciente insistencia obras referentes al lenguaje, tanto el inglés como los idiomas extranjeros, y aun estudios particulares (como la sabrosa serie «I Give you my Word», «A Word in your Ear», y otros de Ivor Brown), todo lo cual propende a crear una saludable actitud respecto de la discriminación formal de un idioma tan difundido, de gramática tan sencilla, y que por lo mismo no puede manejarse sin una sintaxis muy complicada.

Los que recorran las páginas de varias publicaciones periódicas destinadas a dar a conocer a Inglaterra en el exterior verán que los artículos referentes al lenguaje son numerosos. Pocas cosas son, sin embargo, más difíciles que situarse en el punto de vista del extranjero. Recordamos, por ejemplo, que tratando de explicar la escasa comprensión que encuentra el chiste inglés, se citaba en uno de ellos el siguiente: «Un viejo soldado, bajo la metralla, en un granero en ruinas; con él está el joven soldado que acaba de llegar, que señala un gran agujero en la muralla, y pregunta: «¿Quién hizo ese agujero?» «Las ratas», contesta el veterano». Ahora bien, el articulista se queja de que una traducción se haya creído necesario explicar «el agujero no lo hicieron las ratas; lo hizo un obús», sin parar mientes en que no es culpa del traductor el que el chiste resultara fallido, sino del hecho de que sólo en inglés es «rats» equivalente de una interjección.

Sin embargo, no han sido allá ajenos a la tarea de buscar

un vehículo que permita la expresión universal de las ideas. Tal vez marque la culminación del optimismo pasigráfico «The Loom of Language», de Frederick Bodmer, publicado en 1944, libro que, desconfiando ya un poco de la idoneidad de las lenguas artificiales, pretendía poner al alcance del autodidacta todos los idiomas europeos occidentales, más o menos tabulados. La obra que nos ocupa se sitúa decididamente en terreno opuesto.

Cristalización de los temas que ha profesado su autor a estudiantes avanzados, se divide en cinco capítulos, que tratan, respectivamente, del lenguaje y las relaciones internacionales, del aprendizaje de idiomas extranjeros, de la técnica del traductor, de la composición académica, y de la relación entre lenguaje y pensamiento. No es como pudiera parecer, un manual, pero en el reducido espacio de sus noventa y tantas páginas, descartado lo anecdótico, son legión las profundas y bien ponderadas observaciones del autor.

Si, como dice, el lenguaje excede en ocasiones al pensamiento, y en otras peca de insuficiente, al punto que lo que con mayor o menor esfuerzo se ha trasladado en determinado momento al papel no podrá ser trasunto de vivencia posterior alguna, por mucho que en la práctica oblique, y así también, es una imposibilidad material para los estadistas el aprender todos los idiomas de la tierra (consecuencia lógica de la necesidad de vivir en contacto espiritual, como en el hecho lo es en lo económico) queda en evidencia lo imperfecto que habrán de ser las relaciones internacionales. Pero hay más; no podemos por menos que confiar hasta cierto punto en ser adecuadamente representados por el lenguaje; sin embargo, si deseamos evitar el ser moldeados por la simplicidad aparente de sus formulaciones, debemos al mismo tiempo estar al acecho. Muchas de las ciencias agregaríamos nosotros, o por lo menos, en la actualidad, sus ramas, han sido conocidas en su totalidad, por uno o más individuos que las han llevado al punto en que, en cada caso, se encuentran en su avance, aun cuando se vislumbren perfeccionamientos ul-

teriores; pero en el caso del idioma es distinto: el más consumado artífice del lenguaje tiene permanentemente conciencia de estar ante un instrumento que jamás logrará domeñar.

Y qué lejos están, en este terreno, de aquéllos, quienes no pueden dedicarle una vida entera, y han de atender a otras actividades. Menciona a este respecto el autor los afanes de quienes hacían de intérpretes en la primera conferencia del Comité de Seguridad de las Naciones Unidas, al tratar de evadir la vaguedad, voluntaria o no, de los oradores, por la dificultad de traducir conceptos indefinidos estando en situación de apremio.

Lo que viene a ser implícitamente un parangón favorable para los traductores. Y el señor Weightman, en efecto, pone de relieve el adelanto que ha experimentado el aprendizaje de los idiomas extranjeros, haciendo, en el capítulo que a este tema dedica, consideraciones de gran valía para quien quiera dedicarse a esta actividad. Aunque el desideratum expuesto más arriba es absurdo casi por definición, toda tarea, y esta más por lo necesaria, debe tener a la perfección por meta.—M. B. C.



#### EL LIBRO DE BOIZARD

Ricardo Boizard tiene algo de pájaro en la cara. Un pájaro delgado, esbelto, nervioso e inquieto. Dicen los que le han oído que es un excelente orador. No el orador caudaloso que con la marrullería de sus palabras hace rugir de entusiasmo a las multitudes. Boizard es mesiánico. Sueña todavía con la bondad que puede existir en el corazón del hombre. Cree en la redención humana. Y ante la injusticia que causa dolores y muerte, se postra de rodillas para pedir a las fuerzas divinas que tengan piedad de aquellos a quienes el error o las pasiones del momento hicieron ser malos.

Refleja esto, directamente, lo que es su carácter. Hombre